

Pensando con Freud en el Siglo XXI. Yo y el otro en la formación analítica



MARCELO N. VIÑAR¹

«Los jóvenes en la Asociación Psicoanalítica Internacional
y el futuro del psicoanálisis.»

Somos herederos. Pensamos a Freud, pensamos con Freud, pero cada quien se lo apropia y lo interioriza a su manera. Aunque ignoremos aún mucho de los laberintos de la transmisión entre generaciones, tenemos la certeza (empírica) de que el retrato o el relato que los hermanos hacen de sus padres tienen tantas similitudes y coincidencias como diferencias radicales e inconciliables. Y siempre hay tantas continuidades como rupturas, deseadas o temidas. Algo similar ocurre con las filiaciones psicoanalíticas, cuando se acompañan a geografías e historias diferentes.

Somos seres efímeros y nuestra identidad se configura en tres o cinco generaciones, padres y abuelos, hijos y nietos. Esta es la frontera entre la familia genealógica y la historia.

Los herederos de Freud tienen que estudiar mucho y olvidar todo cuando entran a la sesión (Bion, 1990).

Con este planteo me arriesgo a legitimar el «vale todo»; pero sin esta incertidumbre en la filiación no se podría hablar con rigor ni de singularidad del sujeto, ni definir un progreso civilizatorio con desenlace desconocido. Pienso en la tradición (filiación de códigos culturales y de teorías psicoanalíticas). Como dijo Mafalda: «yo llegué al mundo cuando la película estaba empezada».

1 Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marvin@belvil.net

Somos herederos: el origen (*infans*) no tiene fin. La regla de oro es violenta: olvidar el saber y escuchar la ocurrencia es bordear el abismo de la locura y acceder a lo onírico en la vigilia; el caos salvaje de lo íntimo, al decir de Barrán (1994). Este juego con la locura está contenido por el encuadre: la exigencia tácita o explícita de renunciar al cuerpo erótico y al cuerpo en acción. Las fantasías agresivas y delirantes deben ser dichas, pero con la prohibición de actuarlas. Baranger (1969) lo llama la *ambigüedad esencial* del campo psicoanalítico.

Voy a relatar de qué Freud pude apropiarme, un telegrama de algunos puntos fuertes de la herencia. Así reivindicó mi singularidad y los invito a hacer otro tanto. No responder por las escuelas o autores que nos inspiran y formatean.

Como destaca Octave Mannoni (1969), la semilla del psicoanálisis nació de un triunvirato: Ana O. Breuer y Freud en posición de tercero. Nació en las entrañas de un acto médico, como un oficio para ayudar a resolver el síntoma y el malestar: aquello que escapa al propósito racional de un sujeto.

Su punto de partida fue marcado en continuidad y en ruptura con el saber oficial de la Psiquiatría descriptiva y alienista del siglo XIX, preocupada y capturada por un eje de trabajo —el de discernir lo normal de lo patológico—. El psicoanálisis nace en continuidad y en ruptura con la lógica inherente a la medicina, cuyo fin puede resumirse en mitigar el dolor y alejar la muerte. El propósito del psicoanálisis es otro.



Vuelvo al triunvirato. Me detengo y me asombro de este momento virginal y pretendo embarcarlos en ese mismo asombro que —como todo origen— es observacional (empírico) y es mítico. Todo el desarrollo teórico viene después: la densa y pesada carga de las metapsicologías.

Cuando Sigmund expresa que sus historias se parecen más a novelas que a protocolos científicos, se alinea en otra lógica, más cercana al saber popular que al de la psiquiatría, la lógica aquella que consagró el refrán que dice que «de locos y de poetas todos tenemos un poco», que al saber oficial de la psiquiatría.

El síntoma, la angustia, la inhibición o el malestar dejan de ser un tumor a extirpar y brotan argumentos luminosos que ponen de manifiesto que locura y creatividad no son antónimos (no son opuestos), sino vecinos y en equilibrio inestable.

El dilema ya no se centra solamente entre salud mental y psicopatología sino en desafíos con la vida y la cultura vigente y con las reliquias animistas de nuestra organización psíquica, aisladas o escindidas de nuestra racionalidad.

Prefiero decirlo así, aunque la academia me exija hablar de cambio de paradigma, donde la psicogénesis compite con la primacía de la biología en el determinismo causal y así se abre a una Antropología general, más que a la taxonomía psiquiátrica del siglo XIX.



Mi empeño es situar el debate privilegiando la experiencia desnuda del encuentro entre analista y promitente analizado más que en la subordinación a un saber preestablecido. Posicionarse analíticamente comporta aceptar un tiempo (largo) de intemperie y perplejidad.

Por ejemplo, hasta hace 50 años había elogio de la castidad y fobia a la desfloración, es decir, regía la muy judeocristiana demonización del sexo. Hoy navegamos en las antípodas. Quiero con esto mostrar una arista, accesible a la observación más obvia, que las experiencias del diván y del sillón están inmersas en culturas radicalmente distintas. De consiguiente, los nexos entre la conciencia y la Otra Escena deber seguir algunos itinerarios inéditos a descubrir y explorar.

Cuando un paciente me dice que él o un amigo «estuvo» con Fulana, yo me interrogo sobre si ese «estar con» sigue las reglas de tentación o prohibición erótica que regían durante mi juventud. Los ejemplos de este tipo son innumerables. En la modernidad líquida los códigos tradicionales han perimido y los nuevos no tienen aún la consistencia para adherir a ellos o combatirlos. Lo primero a conseguir en la actualidad es que la pareja analítica hable en la misma lengua, en los mismos códigos.

Como lo explicita Serge Viderman (1982), la experiencia freudiana se diseminó en sensibilidades, autores y escuelas diferentes. Hoy no hay (ni

es deseable que haya) un código único y universal que se subordine a los descubrimientos en la Viena del 900.

Con su consigna de la regla de oro (asociación libre y atención flotante) Freud inauguró un diálogo inédito que resultó una caja de Pandora.

Esta condujo a la sexualidad infantil, sexualidad ampliada o pregenital. La experiencia fue tan fecunda que lo iniciado como tratamiento de la histeria (*Chimney Sweeping* o limpieza de chimenea) se transformó en un enfoque de la condición humana que permeó y amplió los horizontes de todas las ciencias antropológicas.

En lo que se refiere a la sexualidad genital, hoy estamos en las antípodas de la moral victoriana del 900; lo difícil es detectar la prohibición, no la represión. Ser fieles a Freud, más que reiterar sus hallazgos, es sostener la exploración de lo que estaba como síntoma, inhibición o malestar. Por eso Serge Leclair (2000) predicaba que *la psychanalyse est voué a l'écoute du non-dit* (el psicoanálisis está destinado a revelar lo no dicho), lo que abre la reflexión y el quehacer freudiano a una movilidad en el tiempo y el espacio.



Aunque respecto a la herencia freudiana los conservadores preserven una fidelidad literal y eurocéntrica, la globalización impone una diversidad que reequilibre lo local y lo global con tradiciones culturales muy dispares. Esta manera de «ser psicoanalista», de pertenecer a una tribu de dudosa homogeneidad, de privilegiarla como un oficio o experiencia y no por la teorización metapsicológica (la que también es necesaria como brújula), me hace sentir más cómodo que decirme kleiniano, bioniano, lacaniano o de cualquier autor prestigioso de la modernidad sólida.

La escucha analítica —como la parentalidad— es tan diversa como las huellas digitales. Me da susto pensar con la cabeza de otro y no la propia; sino asumir con humildad el riesgo de ser viñariano. Lo que también implica e incluye ser deudor del trabajo y del talento de un puñado de autores cuyo pensamiento me ha marcado y formateado.

La vida me ha enseñado que hay muchas maneras de ser católico, judío o ateo y agnóstico.

De ser marxista, socialista o liberal conservador.

Es en lo singular más que en lo colectivo que marco las afinidades y aversiones. No hay una correlación biunívoca entre almas colectivas y afinidades personales; lo que importa es la veracidad de los interlocutores en la representación y el afecto.

Es con H. Arendt que he aprendido que la diversidad es el rasgo más relevante de la especie humana y constituye su gloria y su penuria. Y que tramitar la alteridad, la tolerancia y legitimación del diferente es una de las cuentas pendientes para la Humanidad en el tercer milenio. Por ende, un capítulo aún inédito en el trabajo analítico: poder discernir entre las alteridades a legitimar y aquellas a combatir.

Sobre todo cuando la barbarie crece tanto como el progreso civilizatorio y el psicoanálisis freudiano está llamado a decir algo en este derrumbe que está aconteciendo.



En todo caso, cuando Leo Nosek propuso *Las meninas* de Velázquez como carnada o brújula para pensar la actualidad y futuro del psicoanálisis y el lugar de los jóvenes en la Asociación Psicoanalítica Internacional, el paralelo obvio que surge es la presencia del pintor en su tela, de la marca del autor en el producto que observa o descubre.

Este trueque de una mirada panóptica por otra dialógica me parece un relevante cambio de perspectiva: un decisivo cambio de lógica que ocurre en el movimiento psicoanalítico, promediando el siglo XX. Dice el poeta Antonio Machado: «El ojo que ves no es ojo porque lo mires, es ojo porque te ve». Viví este cambio en carne propia y puedo dar testimonio. Comencé mi análisis y mi formación en la década de los 60 (*los sixties*). Por entonces, la hegemonía anglosajona era indiscutible. Leo Rangel, proveniente de la costa oeste de USA, era presidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y recuerdo haberle escuchado o leído (más allá de su sutil inteligencia y cálida simpatía personal) que la asepsia y objetividad era *príncipeps* en el encuadre del proceso analítico. Aquí en el Sur, la batuta de Pichon Rivière, Racker, los Baranger y José Bleger brindaba un horizonte distinto. La broma grosera pero veraz representaba al analista detrás de un

microscopio y al analizado como un campo de batalla entre las instancias psíquicas (Yo, Ello y Superyo), donde el analista era un espectador lúcido y neutro de los conflictos internos. Es decir, se subrayaba el sujeto autárquico más que el sujeto relacional.

Para colmo, la API era entonces el depositario oficial de la herencia freudiana, como verdad única y monolítica. Las actas de la cúpula eran secretas y las desviaciones sancionadas como en las purgas estalineanas. El prestigio y poder de la cúpula operaba con lógicas imperiales y, como dice Mariano Horenstein (2016), nosotros practicábamos una clínica en lengua menor.

Felizmente la monarquía que he caricaturizado en los párrafos precedentes padeció un jaque mate con la aparición del pintor en la tela. La noción de campo bipersonal que proponen W. y M. Baranger en América Latina y en Europa, los trabajos de D. Winnicott sobre el objeto transicional y la banda de Moebius que formula J. Lacan, abordan desde perspectivas diversas; un enfoque que destrona el psiquismo cerrado de un mundo interno, que inicialmente necesitó el freudismo para marcar su especificidad.

Hasta donde sé, hoy día la observación naturalista que propiciaba Rangell es una reliquia del pasado, que amputa o mutila el componente de «atención flotante» de la regla de oro y el debate palpitante sobre la transferencia del analista.

Montesquieu decía en sus *Cartas Persas*, que viajaba no solo para aprender nuevas lenguas sino para ajustar cuentas con la propia cultura. Agamben recoge el reto siglos después y señala que *contemporáneo* es habitar los tiempos actuales y descentrarse de ellos para pensarlos y criticarlos. Yo escucho estos adagios en su referencia freudiana. Son una invitación a un diálogo de locos. El analista puede acompañar esa incursión hacia la locura, hasta los límites de donde puede rescatarse. A veces, esa frontera es clara, otras, no lo es tanto.

La condición de herederos que tenemos ante el freudismo contiene un determinismo paradójico: a) por una parte, la lealtad al Otro primordial que nos marcó con un nombre, una lengua y un lugar en el linaje y b) por contraparte, el anhelo irrefrenable de ser únicos y crear nuestra propia singularidad. Ambas tendencias se tensan y perpetúan a lo largo del tiempo histórico y del desarrollo personal.

Postular la prioridad de la experiencia —*Conquistador de Tierras Ignoras*, así gustaba autodesignarse Freud; él nombraba que «Toda verdad debe ser vivenciada antes de ser dicha», frase que consagra Levi-Strauss (1981) — es reabrir esa tensión (que la sistematización teórica tiende a apaciguar) y fomentar una obediencia inconveniente en tiempos de vértigo civilizatorio.

Teorías tenemos muchas y buenas que nos abrigan en el desconcierto. Por eso propongo estas páginas iconoclastas que nos empujan a la intemperie de lo inédito. ♦

RESUMEN

La rapidez y magnitud de los cambios societarios, en la modernidad líquida en que vivimos, exige una prolija revisión de los referentes teóricos que utilizábamos en la modernidad sólida de mediados del siglo XX. Se propone incluir en la formación, temas y autores que aborden esta problemática.

Descriptores: FORMACIÓN PSICOANALÍTICA / ALTERIDAD / TRANSMISIÓN / INSTITUCIÓN PSICOANALÍTICA / HISTORIA DEL PSICOANÁLISIS / HERENCIA / PSICOANALISTA / IDENTIDAD / POSTMODERNIDAD

Descriptor candidato: SINGULARIDAD

ABSTRACT

The speed and the magnitude of changes in society, in the liquid modernity in which we live, demands a thorough revision of the theoretical referents used in the solid modernity of the mid- twentieth century. The inclusion in the training of subjects and authors that approach this problem is proposed.

Keywords: PSYCHOANALYTIC TRAINING / ALTERITY / TRANSMISSION / PSYCHOANALYTIC INSTITUTION / HISTORY OF PSYCHOANALYSIS / HEREDITY / PSYCHOANALYST / IDENTITY / POSTMODERNITY

Keyword candidate: SPECIFICITY

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baranger, W. & Baranger, M. (1969). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- Barran, J. P. (1994). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Montevideo: EBO
- Bion, W. R. (1990). *Conferencias Brasileiras*. Londres: Karnac Books.
- Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Horenstein, M. (2016). *Psicoanálisis en lengua menor*. Córdoba: Viento de fondo.
- Leclaire, S. (2000). *Escritos para el psicoanálisis I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Mannoni, O. (1969). *La otra escena; claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Viderman, S. (1982). *La construction de l'espace analytique*. París: Gallimard.